

LA IDENTIDAD COMO PROBLEMATICA LATINOAMERICANA

BLANCA INES GOMEZ DE G. *

La reflexión sobre el ser es un problema de la época moderna en América Latina y ha hilvanado la historia de América como un largo viaje hacia su propio encuentro. América se postula como el continente de la gran equivocación y el enfrentamiento del hombre a su realidad marca el derrotero de la creación americana. "El mundo recién descubierto no estaba localizado aún en el planeta ni tenía forma ninguna. Era una caprichosa extensión de la tierra poblada de imágenes. Había nacido de un error y las rutas que a él conducían eran como los caminos del viento y del agua" (José Luis Martínez Estrada. *Radiografía de la Pampa*). El escritor americano al nombrar la realidad ha develado el ser social, político y cultural de un continente con una comunidad de destino dentro de la más abigarrada diversidad.

Continente de yuxtaposición de culturas; producto de un sincretismo entre elementos disímiles: elementos autóctonos, masas ibéricas de conquistadores, aportaciones de inmigrantes europeos en general.

Con el descubrimiento se produce la gran escisión: un mundo de imaginación y magia se enfrenta con un mundo de razón y orden. El descubrimiento, al decir de Octavio Paz, fue "una violación en la carne misma de las indias". El ingreso americano a la cultura occidental constituye la gran transgresión de la identidad y su recuperación ha sido el hilo conductor de una temática.

¿Cuál es el sentido del ser americano? ¿En qué medida el sincretismo cultural, religioso y étnico configura un carácter definitivo y cómo dicho sincretismo se plasma en la creación artística? ¿Cuál es el perfil que va jaloneando una identidad a través de la expresión americana?

El escritor sabe que su compromiso consiste en nombrar a América. El poeta debe nombrar a América, para que ella exista mediante la evocación de la palabra poética.

* Licenciada en Filosofía y Letras de la Pontificia Universidad Javeriana. Títulos de Profesora de Literatura Española de la Universidad Complutense de Madrid. Doctora en Literatura de la Universidad Javeriana. Profesora de Literatura en la Universidad Javeriana, Pedagógica Nacional y Sabana.

“Tierra mía sin nombre, sin América, estambre equinoccial, lanza de púrpura, tu aroma me trepó por las raíces hasta la copa que bebía, hasta la más delgada palabra aún no nacida de mi boca”.

Pablo Neruda

El poeta nombra una multiforme realidad y la aborda desde una pluralidad de perspectivas así:

La negritud ha alcanzado su máxima expresión en la poesía antillana en tanto que en la novela su imaginaria y simbolismo peculiares han quedado retardados.

La valoración de lo indígena ha recuperado un ritmo especial en la novela a partir de la escritura dentro de una sintaxis y de una oralidad propia del lenguaje indígena.

Lo mestizo se hace palpable como visión de mundo:

*“Yo no soy un aculturado, yo soy un peruano que orgullosamente, como un demonio feliz, habla en cristiano y en idioma español y en quechua”.*¹

La búsqueda de identidad se une necesariamente a la tierra, al entorno del hombre; para el americano su búsqueda y su pregunta por el ser ha determinado un proceso histórico.

El indio siente que “la vida viene de la tierra” y vuelve a la tierra; por eso su relación con ella adquiere un carácter religioso. La vida se prolonga en la muerte; la tierra es la madre común de sus entrañas no sólo nacen los frutos sino el hombre mismo.

En el criollo el sentimiento frente a la tierra fue el desarraigo y se marcó como la experiencia de la soledad y la extrañeza; para la sensibilidad barroca el mundo americano era maravilloso, no solamente por su geología desmesurada, su fauna fantástica y su flora delirante sino por las costumbres e instituciones peregrinas de sus antiguas civilizaciones. Entre todas estas maravillas había una que desde el principio había exaltado a los criollos: la de su propio ser².

La independencia con su ideal romántico dio origen a la aspiración de Bello de volver a la natualidad; ideal que vino a revertir en la literatura telórica de la década del 20 al 30.

El americanismo exaltó el paisaje, se regodeó en lo inmediato, disimuló la falta de desarrollo técnico y de progreso cultural sobrevalorando el paisaje: selva, llano, pampa, andes; en esa medida América sólo fue un tema y el hombre americano fue sólo una cifra dependiente de la dimensión telórica.

Los procesos de transculturación han llevado a que nuestro continente se debata entre tradición y renovación; entre hispanismo y nordomanía. De Bello a Sarmiento; y de Sarmiento a Rodó y a Martí.

Pese a todo, la realidad que es propia de esta América se va expresando, en los intentos de yuxtaposición o imitación servil de los modelos impuestos; si en la arquitectura americana se muestra soterradamente la interpretación que los artesanos indígenas dan a la imaginaria religiosa; en la literatura los procesos de transculturación han sido distintamente asimilados.

Centroamérica y el Caribe configuran un grupo donde lo mítico y lo mágico buscan expresión. México ha asumido su tradición dentro de un cosmopolitismo; los países andinos, con una fuerte tradición indígena, han girado del indianismo al indigenismo y el Cono Sur con sus fuertes migraciones oscila entre el europeísmo y el latinoamericanismo.

La unidad americana que se percibe dentro de la diversidad de expresión ha sido captada más desde el exterior que ha actuado, al decir de Benedetti, como elemento homogenizante. "Desde Europa y desde Estados Unidos, es frecuente una evolución de América Latina como una gran cantera de folclor, como una vistosa y pintoresca geografía humana, pero también como un todo más o menos homogéneo, apenas con diferencias de matices, que en cierto modo pueden equivaler a los distintos rasgos "provinciales de una sola nación"³.

No obstante la diversidad, en el rastreo de una problemática o de una temática se han dado figuras arquetípicas: El dictador, La búsqueda del padre, El viaje a lo primigenio.

Los países americanos han tenido procesos socio-políticos análogos que se han manifestado bajo el dominio de las letras: procesos de denuncia y militancia política, dictaduras que han recorrido el continente y configuración de grupos guerrilleros.

De igual forma los países americanos han visto despoblar sus campos para configurar la típica ciudad latinoamericana masificada y anónima, en cuya expresión está empeñada la actual novela urbana.

El escritor latinoamericano comprometido hoy en el destino de América está abocado a escribir desde el exilio, inaugurando un nuevo rasgo de identidad: el regreso del criollo americano a sus países de procedencia, quienes al mirarse en el espejo de la historia se descubren como un ser distinto.

Hoy la nación americana se vislumbra en la americanidad, que es el encuentro real con la América problemática, con la América sin idilio cuya realidad ya no es sólo un tema pintoresco para el escritor, sino la conciencia de sus siglos de indios, de sus siglos de dependencia de su historia fracturada y de su experiencia solidaria.

La americanidad como conciencia sólo es posible en la modernidad y su expresión sólo es concreta en el espejo del lenguaje que la refleja; un lenguaje que avanza, retrocede, da un rodeo y llega siempre: el Barroco.

NOTAS

1. RAMA, Angel. "Los procesos de Transculturación en la narrativa Latinoamericana" en *La Novela Latinoamericana 1920-1980*. Bogotá: Procultura, 1980.
2. PAZ, Octavio. *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. Barcelona: Seix Barra, 1982.
3. BENEDETTI, Mario, "Temas y problemas" en *América Latina en su Literatura*. México: Siglo XXI, 1972.